

dora de los Reyes dice que al són de los campanarios tañendo á rebato; y al eco de los tambores batiendo generala; tal ingreso de los últimos nobles sin armas en los salones, henchidos de terror y amenazados por las turbas procelosas, confinaba con la caricatura. Y, no podía menos, si es verdad lo contado por madame Campan, que un escudero y un paje reñían, á presencia de todos, por repartirse los dos brazos de una tenaza y presentarse armados de todas armas ante sus soberanos. Mas no hay motivo de reir, sino muchos y muy varios y muy terribles de llorar, y de llorar á rienda suelta, cuando se reunían los últimos adoradores de la Realeza, como en el templo de la Victoria romana los últimos adoradores de Roma, durante la entrada de Alarico, á esparcir sus cenizas; como en las escuelas alejandrinas los últimos adoradores del Parnaso y del Olimpo al morir el Paganismo y matar los monjes á Hipatia, repartiéndose, como tigres, sus restos despedazados, de igual manera que se repartieron las Furias de Grecia los músculos y los órganos despedazados del divino Orfeo.

Lo primero que hicieran las pavesas de aristocracia, reunidas y amontonadas allí por el infortunio, fué abrir las ventanas, y recoger con el aire fresco del alba sonriente los ecos de las campanas tempestuosas y siniestras, el susurro de las picas semejantes á gárrulos cañaverales meneados por los vientos, el centelleo de los sables que fulguran, las chispas de los pedernales, la distribución de los cartuchos. El rebato es una extraña voz. Diríase, al sentirla caer de las alturas, que ha subido el infierno al cielo, y que desde allí difunde cóleras y discordias, pues nadie, absolutamente nadie aquella noche puede dormir en París, unos porque preparan la catástrofe, otros porque la conjuran, todos porque la temen, aun aquellos destinados á precipitarla. ¡Qué diferencia entre los toques á rebato y los mismos toques al Ave-María! Cada campanario muestra su resonancia particular, como cada hombre su acento. Carlyle, que hiciera una relación shakespiariana de la trágica noche, deseaba tener la virtud del diablo cojuelo y levantar los techos de París, como Asmodeo levantó los techos de Madrid, para ver lo que sucedía bajo las tejas. Con seguridad á los placeres de otras noches corrientes y vulgares sucederían las meditaciones sugeridas por una noche completamente apocalíptica. Las gentes se callarían á la inminencia del daño, como se callan los mares á la inminencia del huracán y los pájaros á la inminencia del trueno. Cada cual haría su examen de conciencia, como hacían los fieles de la décima centuria cuando creían próximo el juicio final y contaban á una con que los muertos resucitarían mientras morían los vivos. El piadoso tomaría por hijos del demonio á los revolucionarios y el revolucionario por traidores á la patria los realistas. Murmuraría el murmurador de todo el mundo; los remolones retardarían la resolución que tomar y el sacrificio que hacer; preparariáanse los tímidos á recabar una guarida; los perplejos se pasearían á largos pasos sin saber á qué santo encomendar su alma, ni de qué árbol ahorcarse; el valiente requeriría sus armas; el gárrulo diría saberlo todo; y no habría una sola per-

sona libre de las emociones sugeridas por catástrofe de la sociedad, como aquella, tan semejante á las catástrofes del Universo. En un lado el Congreso aguardando á que la tempestad le diese leyes como á Moisés las cumbres del Sinaí; en otro lado las secciones, ó asambleas de barrio, convertidas en municipalidad improvisada y la municipalidad recogiendo del suelo su anónima dictadura, y por anónima, insufrible; aquí el cuerpo de la nobleza, restante tras la emigración, en atisbo á la venida del extranjero y en deseo de ver el trono restaurado, aunque fuera sobre los cadáveres del pueblo y de la patria; más lejos el profeta formulando sus palabras sibilinas de una intensidad incalculable á causa del magnetismo respirado en los aires; por do quier el conspirador que pide fórmulas de inteligencia con sus afines, el clubista que pide armas de fuego, el armado que pide cartuchos de combate, los capitanes de fracción que piden puesto de guerra, los pobres exaltados que no aciertan en tantas confusiones con sus vías, y los pobres realistas que creen faltaría el sol á las alturas en cuanto á Francia faltara el sol de su corona, sumergiéndose más y más ésta en el ocaso y resistiéndose á cumplir los mandatos y á obedecer las leyes del implacable destino que la borra sin piedad del horizonte. Pero nada como el campaneó parecido á una evocación furiosa y á un aquelarre infernal y á un diabólico estruendo, armado todo por los genios de la noche aquella en la infinidad del espacio. Cuántas veces ése mismo campaneó sonó al saltar los Reyes contra los señores feudales ó los señores feudales contra los Reyes; al doblar por los reos de muerte inmolados á una sentencia del Rey ó de la Inquisición; al recordar á los siervos cómo tenían en los altos torreones un señor de vidas y haciendas; al llevar los templarios en sus carretas hacia el cadalso; al comenzar aquella degollación de San Bartolomé, noche como esta noche de los supremos juicios y de las supremas venganzas. Casualmente, la campana que más ruido metía, por hallarse más próxima; la que levantaba su fúnebre voz sobre todas las voces; la que, dentro del Palacio, más aterraba los ánimos y más difundía centellas de terror en los palaciegos, era seguramente la campana, por cuyos acentos conocieron los verdugos de San Bartolomé que había de comenzar el degüello de los hugonotes, perpetrando así uno de los crímenes que más pesan sobre la conciencia humana y que más afean la Historia universal. Nosotros, los que creemos al hombre hijo de sus obras y exigimos tan sólo una responsabilidad personal á cada individuo, podemos sublevarnos contra el principio de las responsabilidades hereditarias, pero aquellos, que reconocen á la sangre y á la herencia privilegios, como el de transmitir á una familia privilegiada la soberanía, no pueden menos que mostrar como un castigo esta noche apocalíptica, extendido en general á todos los Reyes y en particular á todos los Borbones.

Sigamos la narración clara y concreta de esta noche, después de haber visto cómo la describían los revolucionarios, por la pluma de Lucila Desmoulins; los liberales, por la pluma de madame Staël; y los realistas, por la pluma de madame Campan. Desde luego,



para comprenderla en toda su verdad, es necesario estudiar el Palacio de las Tullerías con todos sus caracteres. Mala idea se formaría de tal monumento quien hoy estudiara sus restos, cuando ni siquiera quedaron ruinas en los espacios donde se levantaba no hacetodavía seis lustros. Los palacios reales de la Edad Media son bastiones y fuertes contra los nobles; el inmenso palacio de Versalles, como la inmensa construcción del Escorial, templo aquél de un Rey absoluto y templo éste de un Rey teócrata, señalan los apogeos de la fe monárquica; el palacio de las Tullerías, como el mismo Louvre, representan sitios de fiestas, donde los Reyes se proponían domesticar los nobles antes de someterlos y anularlos. Hoy el palacio de las Tullerías no existe. La Comunidad revolucionaria lo incendió; y no queda en el sitio donde se levantó, ni siquiera el residuo de sus cenizas. Aunque obra del Renacimiento, no tan italiana como la parte del Louvre construida por Enrique II; ni como el Palacio de Luxemburgo construido por María de Médicis, me parecieron siempre achaparradas las Tullerías, y de poca elegancia, sobre todo, por unos remates gigantescos, desproporcionados con la estructura del edificio y en pugna completa con las galerías de sus aéreas azoteas, copiadas, al comenzarse, del coronamiento propio á los edificios del Mediodía, y al concluirse, abrumadas por los desvanes de las alturas y sus estrechas bohardillas. Pero el ornato de las Tullerías me agradó siempre por sus pilastrones acanalados, por sus vestíbulos elegantísimos, por sus adornos preciosos, por la matemática y armoniosa proporción de sus cuerpos varios arreglados á un plan de aquellos del Renacimiento, en que se rompía con la variedad medioeval, y se ajustaba la construcción á unas matemáticas muy rigurosas, á una geometría muy sabia, las cuales guardaban en su distribución y en sus proporciones algo de música. Las Tullerías y el Louvre formaban un solo edificio, cuando yo habité París en mi juventud, mientras, durante la revolución, estaban los dos palacios separados por un barrio entero, habiéndolos reunido más tarde una galería de tablas, y mucho más tarde un edificio, inspirado por Napoleón III y construido por el Arquitecto Visconti, edificio parecido, más bien que á los dos Palacios, de quienes era lazo y hasta complemento, á uno de los cuarteles diseminados por el París imperial y á cualquiera de las construcciones puestas en boga entonces por el célebre Hausseman. Las Tullerías fueron obra de la primera Médicis que reinara en Francia; el viejo Louvre obra de Francisco I y Enrique II, que le prestaron todas las cinceladuras connaturales al Renacimiento, el nuevo Louvre, obra de Luis XIV, quien eclipsó los edificios de Versalles con la maravillosa columnata, creída por todos un milagro de arquitectura; el novísimo Louvre, obra de Napoleón III, quien, según la desgracia que persiguió las obras del segundo Imperio, ni emuló la hermosura del viejo Louvre, ni continuó la majestad del nuevo, dejando un trozo de arquitectura sin grandeza intrínseca y sin transcendencia, ni siquiera importancia, en la Historia del Arte. Han desaparecido las Tullerías; pero las dos alas del novísimo Louvre, extendidas por la calle de Rívoli, así como

por las orillas del Sena; la plaza del Corrousel formada por viejos patios y por nuevos aditamentos al bello Louvre antiguo; la parte que nosotros llamaríamos plateresca de Occidente, dilatada del célebre bastión donde Carlos IX disparó el fusil contra sus súbditos hasta la conjunción arquitectónica con los pabellones de las Tullerías; el nuevo Louvre á lo Luis XIV, con su patio tan hermoso y su columnata verdaderamente sublime, componen uno de los más maravillosos edificios con que se puede soñar en la tierra. Y estos edificios constituyeron el escenario gigantesco de la noche del diez de Agosto que vamos describiendo, y que no puede conocerse bien sino relacionando el tiempo con el espacio; pues la curiosidad natural de los lectores pide al historiador diga cómo, cuándo y en dónde pasan los historiadados sucesos. Catalina, que todos aquellos monumentos exornara, huíales, por haberles dicho que hallaría en San Germán la muerte, y San Germán llamado de los Reyes se hallaba frente del magnífico Louvre y cerca de las Tullerías. Ciertamente, se necesita un espíritu muy sereno para no dejarse fascinar por aquellos recuerdos muy fatídicos. En los senos de las Tullerías conspiró Carlos IX contra la vida de sus vasallos, y se verificaron los festejos consiguientes á la boda de Margarita y Enrique IV, que precedieron á la horrible matanza. Así, no es mucho que, dadas las solidaridades históricas, encontraran allí los descendientes del cazador de hombres, llamado Carlos Noveno, en una irreparable catástrofe, un cruento castigo. Lamartine describe con su arte sumo la casa de los Reyes, el escenario, antes de trazarnos la escena en que sucumbieron los Reyes. Así, lo presenta como un sitio de lujo y de placer, bien distinto del fuerte y bastión que constituía los palacios reales de la Edad Media, construidos para el combate ó para el gobierno. Y presentándolo como sitio de placer ó de lujo, nos lo describe ornado, como un escudo del Renacimiento, por los cinceles del escultor Delorme; extendiendo sus aéreas galerías desde los muelles del río á los más populosos barrios del viejo París; compuesto por terrazas, entre cuyos paralelos costados brillaba un jardín lleno de umbrosísimas alamedas y gayas flores; abierto por amplísimas y numerosas ventanas de fácil acceso, así á las muchedumbres de abajo como á los resplandores de arriba; parecido á un salón de baile y no á un verdadero santuario del Rey; afeado por pesadísimas construcciones cercanas, debidas al pésimo gusto de Luis XIV; con teatros, museos, hipódromos, intercolumnios, salones, cuyo resultado y suma formaban un laberinto de habitaciones, á todas las miradas expuestas por las muchas luces, y componiendo algo así como los alojamientos de todo un pueblo.

Desde muy temprano el palacio se llena de gente despavorida; y los alrededores del palacio de gente resuelta con resolución inquebrantable á coronar la empresa de someter los Reyes al pueblo francés y á la Constitución popular. El palacio apareció desde las horas primeras del conflicto un fuerte sitiado; el pueblo desde las horas primeras del conflicto una legión sitiadora. El Rey llamó dos personas á su lado para que lo defendiesen;



una resuelta, otra irresoluta. La persona resuelta era Mandat, comandante de la Milicia; y la persona irresoluta era Pétion, alcalde de París. El primero se nos aparece verdadero constitucional que sólo tenía con los constitucionales trato; el segundo verdadero girondino que tenía trato con el palacio. No cabe duda que se puso éste de acuerdo con la fracción de sublevados dirigida por el periodista Carra y sus colegas, al fin de que lo prendieran en los comienzos de aquel combate, y con la del pueblo armado, Mandat, á fin de que pusiese la fuerza contra la fuerza. Todo cuanto el carácter en Pétion tenía de confusas espirales; tenía en Mandat de claridad y de rectitud. Así en el doble y taimado muchísimos recursos; pocos ó ninguno en el franco y leal. Mandat quería la libertad como la quería Lafayette, y como Lafayette se hallaba muy expuesto á perecer entre una libertad que abominaba de la realeza y una realeza que abominaba de la libertad. Y mientras Mandat disponía todo lo necesario para rechazar el inminente ataque, se organizaba este ataque desde la casa municipal por una manera formidable. Las asambleas llamadas secciones deliberan y legislan sobre todo. Estas asambleas aisladas pueden tomar en su aislamiento resoluciones de mero detalle; no pueden tomar resoluciones de grande conjunto. Pero Pétion las une por medio de una oficina central en el municipio, donde todas las tardes se reúnen comisarios elegidos que depositan allí un acta de cada sesión diaria y un relato de las disposiciones tomadas. Poco á poco estas secciones reunidas en aquel centro constituyen una especie de convención dictatorial en miniatura que no delibera para gobernar, que delibera para conspirar. Exaltadísimas las secciones hasta el delirio en los diversos barrios, toman reunidas una terrible intensidad de fuerza y de poder. Cuando, en estas inteligencias colectivas entra una idea simple y recta, no quieren soltarla sino después de haberla realizado. Adivinando las secciones que conspiraba el Rey contra el pueblo, piden porfiadísimas la destitución del Rey. Y cuando están de seguras en sus propósitos ellas, tanto están de inciertas las asambleas regulares que guardan el poder público. Después de la votación favorable á Lafayette habían las secciones depurado el Congreso. Insultados, perseguidos, puestos en la picota los diputados conservadores y constitucionales, que contaban y no acababan de sus angustias y de sus penas, desaparecieron de las sesiones y quedaron únicamente representando á todos los franceses la Gironda, y sus afines entonces, los jacobinos. Y para que pronunciase la Cámara el voto destituyendo al Rey, le habían las secciones dado de plazo hasta la noche del nueve de Agosto, conminándola con que si, al expirar esta noche no estaba el voto pronunciado, sus juntas tocarían á rebato en todos los campanarios de sus barrios y se tomarían la justicia por su mano. En todas las secciones había guardia permanente, mas no había en todas ellas la decisión indispensable á cumplir sus amenazas y poner sus proyectos por obra. Pero los conjurados las mueven, las citan para el palacio municipal, allí las reúnen al fin y objeto de que contrasten la municipalidad en ejercicio y formen para sustituirla una municipalidad revolucionaria.

Desde las tres de la mañana el diez, hasta las siete, se van reuniendo en la oficina central todos los emisarios de las secciones y formando un verdadero cuerpo, súbita, pero fuertemente organizado. Lo cierto es que la municipalidad improvisada, ilegal, compuesta de fragmentos que corrían en aluvión; circuida por una especie de legiones que aullan y con estos aullidos la excitan; en un sacudimiento irresistible de su voluntad; expulsa los regidores elegidos, legales, verdaderos, responsables; y constituye una municipalidad sublevada, la cual no sabrá detenerse ante ningún obstáculo de los suscitados en la realidad, por una razón muy sencilla, porque tampoco sentirá ningún escrúpulo en su conciencia. Indudablemente aquí el audaz, el que á todo se atrevió, el que tuvo entre sus manos los hilos de aquella inmensa red donde iban á envolverse las Tullerías, el revolucionario sin distingos y sin escrúpulos, fué aquel titán señalado con la marca del destino en su frente; respirando como una fragua; de proporciones colosales, y de propósitos incommovibles; cuyos labios vibraban gritos de combate y cuyos ojos lanzaban centellas de ira; semejante á un Encelado sacudiendo las cadenas y agitando la tierra, como si condensase las cóleras de todos los oprimidos contra todos los opresores, y fuese de aquellas estirpes fabulosas que asaltan las alturas y derriban los dioses entre las sacudidas del suelo y las tormentas del aire.

Cualquier expectador de imaginación exaltada, viendo aquellos regidores ilegales y revolucionarios, improvisados y reunidos al calor de la tempestad, los tomaría de seguro por sombras del otro mundo; por almas del purgatorio, como aquellas que plañen todas las noches con luctuoso plañido nuestros campañarios en los pueblos antes de las quedas; como los brujos y duendes y endriagos imaginados por la superstición y vistos muchas veces de veras entre las alucinaciones del pensamiento y los espejismos del ojo. No se concibe, sino por una especie de magnético milagro, y por una sobreexcitación de los nervios colectiva, que, mandados los seccionistas al Ayuntamiento por tumultuosas asambleas de barrio, las cuales no sabían, en suma, ni siquiera lo que pensaban, y menos aún lo que hacían, se reunieran, como salidos de un antro infernal á una misma hora; tomaran resoluciones como si tuviesen una sola voluntad y una sola conciencia; lanzasen al viejo Ayuntamiento disolviéndolo sin tardanza; prescindieran del Congreso como de un poder inútil; tomaran el mandó de las fuerzas populares armadas, sin orden ni mandato de nadie; dirigieran el ataque á Palacio reflexivamente, sustituyendo al Congreso que se desvanecía; caído en las mallas por él mismo tendidas, y al Trono, que se acababa por sus errores y por sus culpas, dictadura misteriosa, implacable, anónima, cruel, análoga en los senos de la realidad viviente á los engendros de las imaginaciones calenturientas, como el Consejo veneciano de los Diez, como los inquisidores de las ciudades antiguas, como las comisiones ejecutivas de los clubs ocultos y de las conjuraciones secretas, como las Euménides del Teatro clásico, como los aparecidos al demente Hamlet ó al voluptuoso Tenorio en el Tea-